

UNIVERSIDAD Y SOCIEDAD

Norma Kreimerman/Facultad de Filosofía y Letras

Ejercer un papel subversivo es la función principal de la Universidad en la sociedad. Subversivo en la acepción más pura de la palabra: capaz de, tendiente a, trastornar o revolver.

Todo progreso —y el progreso implica mejoría, además de avance— involucra un trastorno en el statu quo; toda mejoría incluye, por antonomasia, cambios. El hecho mismo de que la palabra *subversión* generalmente esté cargada de sobretonos negativos, implica una actitud retrógrada, una no aceptación de la necesidad del cambio.

Sin embargo, no todo cambio necesariamente implica una mejoría. La subversión puede ser mera destrucción, y en dado caso es negativa. Es por esto que la función más importante de la Universidad consiste en subvertir los patrones establecidos, pues únicamente la subversión pensante, la subversión a través de la inteligencia y la razón, puede ser capaz de ser constructiva.

Vivimos en una época dominada por la premisa de que la pervivencia de nuestra sociedad está amenazada por un creciente número de problemas sin precedente y hasta el momento insolubles. Serias dificultades económicas, sociales, políticas, éticas y más recientemente ecológicas se manifiestan en problemas vitales concretos: la crisis monetaria internacional, el receso en la inversión pública y privada y su resultante desempleo; la creciente desproporción entre los ingresos de pobres y ricos a nivel individual, y entre países desarrollados y aquellos en vías de desarrollo (o de subdesarrollo) a nivel colectivo; el asunto de la delincuencia que abarca desde el aumento en los crímenes pasionales, hasta la aparición de nuevas formas de crimen como la piratería aérea; las luchas por obtener derechos civiles, libradas tanto por los negros en Estados Unidos como por las minorías católicas en Irlanda o por los refugiados palestinos en Siria; el problema del aborto y del control de la natalidad; el enigma de las megalópolis y sus problemas concomitantes, son solamente algunos de los múltiples problemas que amagan la sobrevivencia del hombre contemporáneo.

Existe una pregunta que aglutina todas estas cuestiones y aquellas que podrían añadirse a esta lista: ¿Cómo podemos encontrar soluciones para estos problemas?

Es indudable que no todos los problemas vitales pueden ser solucionados; pero muchos pueden ser, si no resueltos, por lo menos aminorados, y posiblemente a través de la educación las respuestas puedan ser encontradas.

Educación en los niveles superiores generalmente significa —excepto para unos cuantos pensadores que se rebelan ante esta actitud— la preparación de técnicos o profesionales que a través de dicha “educación” se capaciten para desempeñar una ocupación específica. Esto coloca a los educadores en la tarea de ser diseminadores de información. Esta actitud convierte la educación en instrucción. La educación es vista como el medio para transmitir conocimientos.

La Universidad, vivida como el centro donde se transmiten conocimientos, convierte a la comunidad autónoma de investigadores y pensadores que buscan la verdad, en una

industria dedicada a alimentar a una sociedad de consumo.

Además, aun en ese objetivo, la educación superior parece haber fallado. Los conocimientos que se ha pretendido transmitir, las nociones técnicas que se ha intentado diseminar, son obsoletos aun antes de haber sido asimilados. Los productos de nuestras instituciones superiores parecen estar cada vez menos preparados.

Las soluciones que se ofrecen para remediar este fracaso educativo son respuestas cuantitativas a problemas cualitativos. Hagamos más escuelas, capacitemos a más maestros, alarguemos los años de escolaridad o el calendario escolar. Debería ser evidente que el enfrentar el problema educativo en términos cuantitativos no habrá de resolverlo. Que el estudiante pase más años en la escuela, o que haya una proporción más equilibrada de alumnos y maestros o de alumnos y aulas, no resolverá el problema de que los conocimientos que se impartan habrán sido efectivamente superados aun antes de que el alumno haya salido de la escuela.

¿Cuál es, entonces, una posible solución? Una vía posible es un cambio de actitud, una redefinición de lo que se entiende por educación; enfocar la educación como algo que no tiene por objeto ni diseminar información, ni transmitir conocimientos.

La educación es aquello que prepara adecuadamente al individuo para poder ejercer su propia instrucción. Educación es aquello que crea en el individuo una conciencia de su capacidad para el aprendizaje. Educación es lo que desarrolla en el individuo la conciencia de que el aprendizaje tiene como único objeto crear mejores individuos; estos seres humanos más satisfechos y más íntegros emocional y moralmente, habrán de exigir, y ser capaces de crear, mejores condiciones vitales, tanto individual como colectivamente.

Educar es, pues, fomentar las condiciones para el auto-aprendizaje. Educación es cultura. Y la idea de que la cultura es una serie de conceptos que pueden ser transmitidos es una falacia que depende de una visión errónea de nuestro momento en la historia. Nuestras teorías sociológicas, nuestras filosofías políticas y económicas y nuestras doctrinas educativas se derivan de una tradición continua de pensadores desde la época de Platón hasta el final del siglo XIX. La premisa en la que se ha fundado la continuidad de dicha tradición es que cada generación habrá de vivir sustancialmente dentro de las condiciones de la generación anterior y habrá de transmitir esas condiciones para que determinen la vida de las generaciones subsiguientes. Vivimos, por primera vez en la historia de la humanidad, en un momento en el cual esta premisa es falsa.

Los cambios que se han producido en este siglo condicionan de manera totalmente diferente la vida humana en el presente y presuponen que la vida de la siguiente generación será radicalmente diferente a la de este momento. Los libros de ciencia-ficción se proyectaban en el siglo XIX a un futuro lejano; los libros de ciencia-ficción en el siglo veinte pueden convertirse en realidad pocos años después de haber sido escritos. Las invenciones creadas en este siglo no han sido adicionadas; el progreso en la tecnología no ha sido lineal. En muy contadas ocasiones —si es que alguna vez— meramente se añade un cambio técnico al medio ambiente; cada nueva invención cambia la naturaleza misma del medio ambiente. Hemos modificado a tal grado nuestro medio ambiente, que ahora enfrentamos la necesidad de modificarnos totalmente para poder existir en este nuevo medio ambiente.

Los valores de una tradición continua no ofrecen ya soluciones vitales; ofrecen, sí —y en esto radica su importancia—, una valoración del hombre como hombre, y merced a esta re-humanización, fomentan en los individuos una fuerza interna para poder encontrar nuevas respuestas a la problemática radicalmente diferente a la que socialmente es menester enfrentarse. Pero dichos valores, en sí mismos, no pueden ser transmitidos puesto que, en esencia, no tienen ya validez. Son fuentes de fuerza cognoscitiva, y dicha fuerza no se puede enseñar, debe ser desarrollada por el individuo.

Nuestra civilización está en crisis de valores. Los valores religiosos o tradicionales comunitarios han dejado prácticamente de funcionar. Si en tiempo pasado constituyeron los fundamentos centrales de la ética comunitaria, no podemos aspirar a un retorno a dichos valores, puesto que todo retorno implica retroceso. Debemos crear nuevos fundamentos de la ética contemporánea. Estos fundamentos deben partir del juicio personal del ser humano, puesto que ya no puede hacerse referencia a sistemas de valores establecidos por la autoridad de la antigüedad.

El juicio personal del ser humano debe, por lo tanto, ser el juicio personal del más excelente de los seres humanos. Este ideal de la excelencia se manifiesta en el hombre en

su capacidad tanto individual como ciudadana, puesto que el ser humano es un animal político. Este ideal se puede visualizar únicamente en términos del hombre como fin en sí mismo, no como un medio. La única forma de dirigirse hacia una meta de la excelencia humana es a través de la educación humanística.

La educación humanística es aquella que los hombres adquieren como fin, con ningún otro propósito que el de ser más aptos para llevar una vida más humana. En otras palabras, es la educación del hombre excelente, del hombre que realiza su mejor potencial humano.

Esta educación busca aclarar los problemas básicos y entender la manera en que un problema se relaciona con otro. Esta educación enseña a encontrar diferencias e interrelaciones, y busca como objetivo central la comprensión de las ideas.

La Universidad es el manantial de donde tal educación puede brotar. La Universidad como fomentadora de actitudes críticas, como creadora no de técnicos o de profesionistas de un campo específico, sino de hombres pensantes que nutridos de la tradición del pasado, habrán de plantear las preguntas y ofrecer las posibles respuestas a los problemas vitales. La universidad como semillero de ideas.

La Universidad debe servir como el medio principal para ayudar a la juventud a desarrollar las actitudes y las técnicas de la crítica social, política y cultural. Que los jóvenes necesitan que las instituciones de educación ejerzan precisamente este papel, fue evidente en las manifestaciones estudiantiles que caracterizaron la década de los sesentas en muchas partes del mundo.

La juventud está descontenta. Los jóvenes, por antonomasia, son rebeldes. Parte importante del crecimiento y la maduración es la rebeldía en contra de formas dadas, y la necesidad de romper moldes que se sienten obsoletos. Psicológicamente, el individuo rompe su cordón umbilical con los padres, y dentro de la sociedad el mismo fenómeno se presenta colectivamente. Los jóvenes se oponen a la autoridad para emerger del conflicto más preparados y más maduros, y así poder asumir las riendas del poder que han impugnado. Años después, los hijos convertidos en dirigentes, habrán de enfrentarse a una nueva rebeldía, ahora de sus sucesores. Así se madura individualmente; así se crece históricamente.

Si es un proceso universal e históricamente repetitivo, ¿por qué, entonces, nos es tan angustiante? Varias circunstancias contemporáneas hacen de este proceso natural algo diferente de lo que ha sido en el pasado.

Aunque la rebelión de las juventudes y la brecha generacional siempre han existido, nunca se habían hecho tan ruidosamente evidentes. Esto por varios motivos: nunca había existido la comunicación masiva entre los pueblos, y ésta torna al individuo ya no en testigo de la historia, sino en espectador de su propia producción histórica; nunca antes los jóvenes habían tenido tanta influencia; nunca antes los adultos habían demostrado tan poca seguridad en su derecho a la autoridad, y por lo tanto nunca habían engendrado y fomentado las dudas naturales de los jóvenes, al grado que lo han hecho en las últimas décadas.

El hecho de que las manifestaciones estudiantiles (y cualquier otra cosa que sea *noticia*) sean reportadas inmediatamente y en ocasiones simultáneamente, hace del suceso algo inmediato en tiempo y espacio; no sólo a nivel de información, sino a nivel de involucración. Un reporte de una protesta leído en un libro de historia, nos informa, pero respondemos fríamente al hecho puesto que el tiempo tiene la cualidad de aminorar las reacciones emotivas. Un reporte de una lucha leído en un periódico, mantiene aún algo de distancia emotiva y se puede objetivizar. Pero el ver y escuchar no sólo el reporte de los sucesos, sino a los heridos mismos, se convierte ya no en una información, ni siquiera en una experiencia, sino en una vivencia subjetiva, donde el espectador se involucra personalmente. Está palpando en caliente, y sea partícipe directo de los sucesos o no, debe escaldarse. Las pasiones humanas, como la bomba atómica, producen reacciones en cadena. Las respuestas emotivas, como los virus, son contagiosas, y la psicología de las masas tiende a convertir los contagios en epidemias.

Hoy en día existen proporcionalmente más jóvenes que en ningún otro momento histórico. Esto no sólo porque la natalidad haya aumentado y la mortandad infantil decrecido, sino porque el proceso de maduración, como otros procesos vitales, se ha acelerado. Los niños se convierten en jóvenes más tempranamente. En la escala de valores contemporáneos, la juventud es vivida como el momento culminante de la vida humana.

Así pues, ser joven es lo mejor que puede ser actualmente el hombre; por lo tanto se

mantiene joven, aunque sea mera apariencia. No hace muchos años convertirse en adulto era una meta importante para la mayoría de los hombres, y *adulto* usado como adjetivo implicaba admiración.

Hoy, la mayoría de los que cronológicamente son adultos pretenden ser jóvenes —en su vestir, en su conversación, en sus inclinaciones, y desde luego en su filosofía vital. Ser adulto es pertenecer a la “momiza” y el término es altamente descriptivo. Las momias son cadáveres conservados, cuerpos secos que no se pudren debido al embalsamamiento; son anacrónicas y anaespaciales contemporáneamente, pero sobre todo son estériles y no desarrollan ninguna función vital.

Los jóvenes siempre han sido portaestandartes del cambio, los voceros de la inconformidad en contra del *statu quo*, o, para ser más modernos en los términos utilizados, del *establishment*.

A pesar de que muchas de las demandas hechas durante las manifestaciones estudiantiles no fueron propiamente académicas, aquéllas que sí lo fueron indican el grado de simbiosis que existe entre la Universidad y la sociedad.

La protesta estudiantil subraya la importancia del papel que la Universidad puede y debe ejercer al fomentar cambios de actitud en el individuo para que éste pueda enfrentarse más adecuadamente a los problemas sociales. Una de las protestas más vehementes de los estudiantes en contra de las autoridades universitarias fue hecha en términos de los métodos de enseñanza.

Los estudiantes protestaron contra la visión del profesor como autoridad máxima, cuyas decisiones acerca de lo que el estudiante debe saber, y cómo debe aprenderlo, son incuestionables. Esta visión implica que la materia que se está “impartiendo” (como si el conocimiento fuese algo acabado que se puede “impartir”) puede ser totalmente “cubierta”, no ofrece problema, y es meramente cuestión de “cubrir” el “programa”, dar respuestas únicas a las únicas preguntas aceptadas, y que el alumno memorice y repita lo que el maestro ha impartido. El premio (la mejor calificación) se le ofrece al estudiante más capaz de retener y repetir aquello que su maestro ha dicho.

Esta actitud insinúa una serie de enunciamientos que distorsionan la percepción tanto del maestro como del estudiante y que desembocan en actitudes vitales que habrán de ser constantemente rechazadas y rebatidas por la realidad. Algunos de los mensajes implícitos que comunica dicha actitud son:

Se debe confiar más en la voz de la autoridad que en el criterio propio; la aceptación pasiva de cualquier enseñanza es más importante que la crítica activa, aunque esta crítica pueda ser constructiva; el conocer es un acto de aceptar incuestionablemente lo que otro ha dicho; la verdad es ya conocida, y puede ser transmitida; toda pregunta tiene sólo una respuesta correcta.

Ningún profesor admitiría que su objetivo es recalcarle al alumno que no debe pensar. Sin embargo, el mensaje no expreso que se deriva dentro de una clase donde el profesor es la única autoridad real, es obviamente ése: el alumno debe aceptar sin cuestionar, por lo tanto sin pensar, lo que dice la autoridad.

La rebelión en contra de este método es, pues, la rebelión en contra de un serio obstáculo en el camino de la educación, si hemos de aceptar la premisa de que la educación es fomentar las condiciones para el auto-aprendizaje. La rebelión en contra del maestro como autoridad incuestionable es rebelarse en contra de la visión de la educación como una vía para transmitir conocimientos.

Los estudiantes lograron algunas de sus demandas en ese sentido. La “auto-gestión” abrió algunas posibilidades para que la enseñanza universitaria fuese enfocada como desarrollo de conocimiento propio.

Pensemos por un momento cómo se produce y se ha producido el proceso cognoscitivo a través de los siglos. El conocimiento se produce respondiendo a preguntas que generalmente son nuevas acerca de cuestiones viejas. La más importante actividad intelectual que puede desarrollar el hombre es el arte de hacer preguntas significativas. Una vez que se aprende a plantear preguntas apropiadas y reveladoras, se ha aprendido a aprender. Y éste es el proceso que la Universidad debe fomentar.

El método de enseñanza debe cambiarse. Estamos de acuerdo en que el conocimiento se produce como respuesta a preguntas significativas. Sin embargo, la aceptación de este hecho implica una nueva investigación. ¿Qué preguntas son significativas? ¿Qué es importante conocer? ¿Qué vale la pena aprender?

Evidentemente la respuesta a lo que es significativo en la educación es aquello que hará más apto al estudiante para enfrentar los problemas vitales, y que dicha aptitud redunde en posibles caminos de solución para los problemas sociales aparentemente insolubles. Tales preguntas deben tender a desarrollar en el alumno ciertos conceptos y actitudes que le permitan más adecuadamente sobrevivir en el mundo cambiante de nuestro presente y del futuro. Dichas preguntas deben ser formuladas por hombres capaces de aceptar que no toda pregunta tiene respuesta, que no todo problema, aun si tiene solución, presupone una única respuesta "correcta" o válida, y que muchos de los problemas que aparentemente no tienen solución, se derivan del hecho de que la pregunta no ha sido planteada adecuadamente.

La Universidad creadora de hombres pensantes busca, al permitir al alumno cuestionar todo planteamiento, fomentar en los estudiantes la actitud crítica que pueda llevar hacia nuevas soluciones de antiguas cuestiones.

Los jóvenes tienden, por naturaleza propia, a ser inconformes. Y es esta maravillosa fuente de energía vital la que la Universidad debe canalizar en bien de la sociedad. La rebeldía e inconformidad de la juventud debe ser aprovechada positivamente, no quebrando el espíritu subversivo que naturalmente manifiestan los jóvenes, sino fomentando su desarrollo a través de la actividad racional.

Si la Universidad logra crear conciencia de la necesidad de crítica constructiva de la sociedad, y enseña a los alumnos el proceso de aprendizaje, formando estudiantes capaces de elaborar preguntas significativas, habrá cumplido con la importante tarea que le es propia: la de crear agentes de cambio social basado en la razón humana.

La Universidad habrá fomentado la subversión en el mejor sentido de la palabra.

